COMEDIA FAMOSA.

LOS AMANTES DE TERUEL.

DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Diego de Marsilla.
Don Fernando.
Camacho, criado de D. Diego.
Fabio, criado de D. Fernando.
D. Pedro, padre de Doña Isabél.
Doña Isabél.
Doña Elena.
Luisa, criada.
Juana, criada.

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Diego, Doña Isabél, Elena, Camacho, y Luisa alborotados, y delante Juana con luces, que pondrá en un bufete.

Isab. VIóte mi padre? *Dieg.* No sé.
Isab. Si te vió yo soy perdida.
Cam. En un tris está mi vida.
Isab. Elena, amiga, qué haré?
Elen. Nada, que no nos ha visto.
Isab. Sí; pero en duda, es mejor,
que por ese corredor:::-
Cam. Aprisa cuerpo de Christo.
Isab. Se pasen al aposento
de Luisa. *Luis.* Pues voyle á abrir.
Dieg. O quien pudiera decir
(mas es vano pensamiento)
lo que me pesa de darte
pesares por este modo!
Isab. Amor tengo para todo,
no tiene de qué pesarte.
Tú, prima, quedate aqui,
hasta vér lo que sucede,
y de lo que huviere, puede
avisarme Juana á mí,
mientras yo voy con los dos.
Juana. En todo te serviré.
Isab. Ponte á esa puerta. *Juan.* Si hare.
Cam. A Dios, Juana. *Juan.* A Dios.
Vanse los dos con Isabél, y ponese á la puerta Juana y Elena se queda sola.
Elen. Cosas suceden, que apenas
puede el mismo pensamiento,
ni discurrir en las causas,
ni pensar en los efectos.
Sola he quedado á tener
(fueronse? sí, ya se fueron)
cuenta, si viene mi tio,
mientras mi prima, y Don Diego,
qué se adoran: esto basta
para decir, que á ser vengo
tercera de sus amores,
quando yo:::- Pero no quiero
decirlo, porque decirlo,
y caerme muerta luego,
puede ser que sean dos cosas;
pero ninguna primero.
Aunque no: yo yerro el modo,
sin duda, de mi remedio;

pues

pues si diciendo yo ahora
lo que sufro, y lo que peno,
muero, y con mi muerte cesan
de mi vida los tormentos:
mejor es decirlo todo,
y descansar, pues es cierto,
que eso vendré á vivir mas,
si me muriese mas presto.
Vaya de penas, amor,
y vaya de sufrimiento,
para que tenga lugar
de hacer su oficio el veneno.
Mi prima, y Don Diego (ay triste!)
se quieren con tal extremo,
que su amor es en Ternèl
hoy la fabula del Pueblo.
Yo sin poder resistirme,
(de decirlo me averguenzo)
por natural simpatía,
por influencia del Cielo,
por musica de la sangre,
ò por otro algun mysterio
secreto, que yo no alcanzo,
pierdo por Don Diego el seso;
sin vér, sin considerar,
que Don Diego tiene dueño.
Ay de mí! que à todas horas,
acà de parte de adentro
muero, y sin poder decir
siquiera del mal que muero:
porque siendo esta mi sangre,
y el estado de amor ciego,
qué puedo hacer, que no sea,
ó en daño de mi respeto,
ó en agravio de mi prima,
ó en ofensa de Don Diego,
ó en peligro de los tres,
ó en todos, que es lo mas cierto?
Amor, rindamos las armas
á la fortuna, y al tiempo,
que son los contrarios muchos,
y ya no puedo con ellos.
Goze Don Diego á mi prima,
viva mi prima en su pecho,
atelos una lazada,
arrullelos un requiebro,
y muera yo, si ellos viven,
que lo mas priva lo menos,
y ellos son aqui lo mas;
pero si yo soy primero
en mí, que nadie en el mundo,
cómo mi muerte consiento,
quando me falta que hacer
el mas eficaz remedio,
que ha podido concertar
un desatinado afecto?
Don Fernando de Gamboa,
(que es entre los Caballeros,
si no mas galan que muchos,
mas rico que todos ellos)
quiere casar con mi prima,
y aunque ella no advierte en ello,
por ser tan fina, que hiciera
escrupulo de saberlo,
yo con el ansia de verla
divertida en otro empleo,
porque despues de casada
me quede libre Don Diego,
con falsas demostraciones,
con fingidos cumplimientos,
con favores inventados,
y con recados supuestos,
sin saber nada mi prima,
á Don Fernando entretengo,
y le doy de parte suya
esperanzas por lo menos.
Bien conozco, bien conozco
la baxeza que cometo,
pero yo no puedo mas,
que en llegando á tanto exceso
el amor, ni oye razones,
ni se reduce á consejo.
Pero si lo lloro tanto,
pero si tanto lo siento,
como me detengo ahora
en discursos ni argumentos?
quando allá dentro los dos::- *Sale Jua.*
Jua. Señora. *Elen.* Al momento
cierra primero esa puerta:
perdida soy. *Juan.* Ya la cierro.
Elen. Vé, llama esa gente apriesa:
no has ido? *Jua.* Ya te obedezco. *vase.*
Elen. Salgan, salgan acá fuera,
que aunque de verlos me ofendo,
porque si lo que veo es mucho
es mucho mas lo que pienso;

que

que siempre quien zelos tiene,
tiene mayor desconsuelo
en temer lo que imagina,
que en vér lo que está temiendo.

Salen Juana, Camacho, Don Diego, Doña Isabél, y Luisa.

Luis. No temas. *Cam.* Cómo es posible?
hecho una vasura vengo. *Dieg.* Elena.
Isab. Prima, qué ha havido?
Elen. Que lo que dixe fue cierto,
no los ha visto mi padre,
ni tiene tal pensamiento,
y quando lo imaginára,
y entrar quisiera acá dentro,
es mejor que te halle aqui,
porque en echandote menos,
ha de ser fuerza buscarte,
y hallarte tambien con ellos:
por eso mandé cerrar
aquella puerta, y por eso
dixe á Juana que os llamára,
que como del riesgo vuestro
me alcanza á mí tanta parte,
como quien soy, os prometo,
que despues que de aqui os fuisteis,
con el susto, y el rezelo
no he podido sosegar.
Isab. Y como que te lo creo,
que quando á juntarse vienen
la amistad, y el parentesco,
hace el ingenio milagros.
Dieg. Yo por mi parte agradezco,
Elena, tanta merced.
Isab. Y yo la mano te beso:
no hay cosa como una amiga
de confianza, y de secreto
para cosas semejantes:
mas dexando cumplimientos,
mirad que huelgan las sillas.
Elen. Bien has dicho.
Isab. Aqui, Don Diego.
Dieg. Donde tu quisieres sea. *Sientanse.*
Isab. Quiero yo que estés en medio,
porque goces de mi prima.
Elen. Todo puede ser viviendo. *ap.*
Luis. Ya no tienes que temer.
Cam. Si tengo tal. *Luis.* Pues es yerro,
que Don Pedro mi señor,
pues que de su quarto ha buelto,
es cierto que está acostado.
Cam. Yo tengo azar con los Pedros,
aunque esten en cueros vivos.
Luis. Pues por qué?
Cam. Porque me acuerdo
del Rey Don Pedro el Cruel.
Luis. Eres un gallina. *Cam.* Niego,
que si lo fuera, á estas horas
estuviera ya durmiendo.
Luis. Pues cómo, si no lo eres,
te vienes con ese miedo?
Cam. Porque no tengo otro en casa,
y vengo con el que tengo.
Ay muger mas apretante!
Pero á nuestro amor bolviendo,
quieresme mucho? *Luis.* Te adoro,
y en viendote que te veo,
el alma se me columpia.
Cam. No te creo. *Luis.* Luego miento?
Cam. No fuera mucho milagro;
porque decía mi abuelo,
que tres cosas se usan siempre,
que son vestir terciopelo,
comer olla, y mentir mucho
la muger en qualquier tiempo.

Musica dentro.

Mas tén, que si no me engaño,
suenan varios instrumentos
de musica en las ventanas.
Elen. Si Fernando, por festejo
de mi prima, está en la calle:
de entrambos asi me vengo. *ap.*
Dieg. No hay duda, musica es.
Isab. A mí me miras, Don Diego?
pues qué importa que lo sea,
si sabes que eres mi dueño?
Fuera de que es ofender
los muchos merecimientos
de Elena::- *Dieg.* No digas mas,
que ya mi yerro confieso;
mas oíd, que cantar quieren.
Isab. Pues qué importa? canten ellos,
mientras hablamos nosotros.
Dieg. La musica es un remedo
de la Gloria, y quien no gusta
de ella, ofende su contento;
y asi, pues que para hablar

hasta la mañana hay tiempo,
escuchemos por tus ojos.
Isab. Pues tu gustas, escuchemos
alabanzas de mi prima.
Elen. Presto lo dirán los versos. *ap.*
Canta dentro.
Music. Romped las dificultades,
Belisa, que hay para veros,
veré yo lo que me amais,
y vos vereis lo que os quiero.
Dieg. Llamaste á Isabél, Elena?
Elen. Respondete tu á ti mesmo.
Isab. Yo soy Isabél. *Dieg.* Asi?
Isab. Digolo, porque te entiendo.
Dieg. Como denantes dixiste,
que era este galanteo
por Elena::- *Cam.* Ahora digo,
que eres un gran majadero;
porque viviendo dos juntas,
(verbi gracia) ya es muy viejo
decir, que quantos visitan,
aunque sean quatrocientos,
todos vienen por la otra.
Isab. Pues infame::- *Dieg.* Quedo, quedo,
que la verdad no es delito.
Elen. Eso si, sepan de zelos, *ap.*
y mueran, pues muero yo.
Isab. Nunca te he visto tan necio.
Dieg. Esta es necedad? *Isab.* Muy grande,
que las que hacen los discretos
son pocas, pero lucidas:
bien se vé, pues, que sabiendo
lo que me debo á mí misma,
Llaman á la ventana.
y lo que::- pero qué es eso?
Cam. Qué? llamar á la ventana.
Dieg. Y dár en mi honor el eco.
Dent. Fern. Mi bien, señora, Isabél.
Isab. Apenas á hablar acierto.
Cam. Ya escampa, y llovian guijarros.
Dieg. Y ahora?
Elen. Bien se ha dispuesto. *ap.*
Dieg. Será necedad decir,
que quien tiene atrevimiento
de hablar asi desde afuera,
tiene licencia de adentro?
Isab. Luisa, Juana, Elena, hablad.
Dieg. Lindos testigos por cierto,
una prima, y dos criadas.
Isab. Pues vive Dios, que aunque en ello
todo mi honor aventure,
lo he de averiguar, y luego
no me has de vér en tu vida.
Elen. Harás muy bien, que es desprecio
tuyo sufrir tal desayre.
Isab. Tu verás, como me vengo:
Luisa, retira esa luz,
y vosotras (sin aliento
estoy!) apartaos de aqui.
Dieg Pues qué intentas? *Isab.* Esto intento.
para que sepas quien soy.
Retiranse, y abre la ventana, y estará en ella Don Fernando.
Elen. Mucho aqueste lance temo, *ap.*
si mi engaño se averigua.
Dieg. Muerto escucho! *Isab.* Caballeró.
Fern. Es Isabél? *Isab.* Qué sé yo;
estoy tal, que no lo creo:
quien sois? *Fern.* No me conoceis?
Isab. Pues decid, ¿qué fundamento
teneis para hacer conmigo
este desalumbramiento?
Fern. Si os haceis desentendida
porque refiera de nuevo
los lances que en esto ha havido::-
Isab. Qué lances? decidlos presto.
Fern. Pues digo, que vuestros ojos,
vuestro garbo, vuestro aseo,
y vuestro ingenio::- *Isab.* Adelante,
que lo que dices, es bueno
para hablarme desde cerca,
y quererme desde lexos:
mas para llamarme asi,
qué causa os mueve?
Cam. Aqui es ello.
Fern. Qué causa? tantos favores,
y tantos recados vuestros
como tengo recibidos:
mas ruido de espadas siento
de alguno, que á mis criados
se ha atrevido descompuesto,
y por eso, á Dios. *Isab.* Oídme
una palabra primero.
Fern. Dexadlo para mañana,
en aqueste mismo puesto,
donde os diré mas despacio

lo que os pago, y lo que os debo. *vase.*
Isab. Cielos, qué es esto que he oído!
Elen. Famosamente se ha hecho. *ap.*
Dieg. Ya no hay que esperar aqui.
Cam. No señor, que es perder tiempo,
y lo mejor es dexarlo.
Isab. Juana, si yo no me muero;
Luisa, si yo no me mato;
prima, si el juicio no pierdo,
no cumplo con mi dolor.
Elen. Parece cosa de sueño.
Luis. Ay tan gran bellaqueria!
Dieg. Este es el mejor acuerdo:
sigueme, Camacho. *Cam.* Vamos.
Isab. ¿Pues adónde tan resuelto?
Dieg. A salir, porque yá es hora:
suelta, ingrata, el ferreruelo.
Isab. Tu tambien quieres ahogarme?
Dieg. Hora es, desahogarte quiero,
abre esa puerta. *Isab.* Si haré,
porque es muy justo el hacerlo,
mas será de esta manera;
Cierra, y guarda la llave.
Ahora, ahora verémos
como sales. *Dieg.* Como salgo?
echando á coces::- *Elen.* D. Diego::-
Luis. Considera::- *Juan.* Mira::-
Cam. Advierte::-
Isab. Dexale, porque al estruendo
despierte toda la casa,
salga mi padre, y mis deudos,
y rematemonos todos.
Elen. Eso es perderse, y perdernos:
mejor es darle la llave.
Isab. Y que yo quede muriendo?
no prima, no me está bien.
Dieg. Ahora bien, ya yo me quedo,
por escusar alborotos,
mas esto con presupuesto,
que no me has de hablar palabra.
Cam. Pues entretanto, qué haremos?
Dieg. Pasearnos. *Cam.* Bien has dicho,
vá de bueltas, y paseos.
Paseanse.
Elen. Yo no le hablaré palabla
esta noche por lo menos.
Isab. Yo si, que estoy rebentando.
Cam. Jesus, qué desasosiego,
y qué perdicion de casa!
Dieg. Muger, muger en efecto.
Isab. Señor mio, ya conozco,
Andase tras de ellos.
claro está, ya considero::-
Dieg. Como eso pasa en el mundo.
Cam. Todo es traycion, y embeleco.
Isab. Quan enojado estareis:
pero juntamente os ruego
por mi amor, por mi verdad,
y por mi vida::- *Dieg.* Ya pienso
que amanece. *Cam.* Las tres son.
Isab. Que me escuches.
Cam. No hay remedio,
que son cosas acabadas.
Dieg. Para qué respondes, necio?
Cam. Para que no nos persiga.
Isab. Ya eso es pasarse á grosero
de zeloso, y es querer
echarme un dogal al cuello.
Dieg. Pues qué quieres?
Isab. Que me escuches,
ó que con tu mismo acero
me mates, si te he ofendido.
Dieg. Aunque yo estoy satisfecho,
quanto á mi, de la verdad,
porque la escuché yo mesmo,
preciome de hidalgo,
y de tan cortés me precio,
que escucharé tus mentiras.
Cam. Bien has hecho, que en saliendo
será lo que Dios quisiere.
Isab. Pues digo, señor, que el fuego
de un rayo vivo me abrase
por soberano decreto,
si á ese hombre, si á ese hombre,
(que aun del nombre no me acuerdo)
he hablado, escrito, ni oído,
en público, ni en secreto;
es verdad, que en tu presencia,
(solo de pensarlo tiemblo!)
que soy liviana me dixo,
y muger comun me ha hecho.
¿Mas qué importa que él lo diga,
y que llegues tu á creerlo,
si del ser al parecer
hay tantas leguas en medio?
Y qué importa que una nube,

con-

considerada de lexos,
parezca gota de tinta,
que en el papel blanco, y terso
de aquesas hojas azules
pasa por borron del Cielo,
si del Cielo la pureza
no admite tales defectos,
y viene á ser el pensarlo
culpa del sentido nuestro?
Cielo es mi honor cristalino.
Qué importa, pues, que grosero
un testigo le baldone,
si le abona un privilegio?
Y si esta razon no vale,
si no vale este argumento,
dime por tu vida, dime,
(perdona si me enternezco)
no me he criado contigo?
no vives pared en medio
de mi casa? no te consta,
si, que jamás tuve aliento
para mirar otros ojos?
No sabes que tu precepto
ha sido ley inviolable
para con mi amor honesto?
Y no sabes finalmente,
que mil veces discurriendo
en que mi padre podia
entregarme á dueño ageno,
muerta en tus brazos me viste?
y quando bolví en mi acuerdo,
en muchos dias mis ojos
no se abrieron, no se abrieron,
sino para derramar
sangre del alma por ellos?
Esto, señor, no es asi?
no es aquesto asi, Don Diego?
Pues si es asi, como, como
á mi verdad desatento,
y atento solo á una culpa,
que no alcanzo, ni penetro,
aventuras mi decoro,
y desluces mi respeto?
Cosas son estas, ingrato,
que quando las considero,
quisiera que::- pero tu
no tienes culpa de aquesto,
sino mi triste fortuna,
ó algun engaño encubierto.
Y asi, para que yo piense,
que alguna piedad te debo,
busca, averigua, rastréa
sagáz, advertido, cuerdo,
aqui, en la calle, en la plaza,
el como, el quando, y el tiempo;
y si con culpa me hallares,
en el primer movimiento,
dexame, que es la venganza
de mas fuerza, y de mas peso
para una muger que nace
con honra, y entendimiento.
Y si nada de esto quieres,
retirate á ese aposento,
pues ya empieza á amanecer,
y sin andar por rodeos
declarate con mi padre,
que es lo mejor; pues teniendo
de nuestra parte á mi prima,
no hay que temer mal suceso;
pues quando todo lo dicho
no sea de algun efecto,
será consuelo saber,
aunque penoso consuelo,
que para la vida hay muertes
para la fuerza Conventos,
para el engaño verdades,
para la pena venenos,
para la garganta lazos,
para el corazon aprietos,
para las desdichas ojos,
y para los ojos lienzos,
Ponese un lienzo en los ojos.
que de mortaja me sirva,
si te he ofendido con ellos.

Elen. Esto me importa estorvar. *ap.*

Dieg. Que estoy tierno te confieso.

Cam. Qué mucho, si lo que ha dicho
bastaba, por Dios Eterno,
á hacer un diamante puches,
y baturrillo un cimiento.

Dieg. Levanta, Isabél, los ojos.

Isab. Qué dices? *Dieg.* Que lo postrero
hemos de hacer. *Elen.* Pues yo voy
delante por si al encuentro
saliese alguno de casa.

Dieg. Mi vida en tus manos dexo.

Elen.

Elen. Vén, Juana. *Juan.* Ya voy tras tí.
Elen. Yo pondré en esto remedio,
porque hablaré con mi tio,
con titulo de buen zelo,
y avisaré á Don Fernando
de todo, porque al momento
á pedirla se adelante,
antes que llegue Don Diego. *vanse.*
Isab. Estás ya desenojado?
Dieg. Si no lo estoy, estarélo.
Isab. Mas pensé que te debia.
Dieg. Son muy villanos los zelos.
Isab. O qué mal rato me has dado!
Dieg. Y helo tenido yo bueno?
Isab. Ay Don Diego de mis ojos!
Dieg. Si estos favores grangeo
por los zelos que me diste,
que me dés otros te ruego,
que aunque de valde son caros,
tomaré muchos al precio:
mas Juana sale. *Sale Juana.*
Juan. Venid por acá, porque Don Pedro
mi señor sale á este quarto,
y con él, á lo que entiendo,
ha encontrado mi señora.
Isab. Gran desdicha!
Dieg. Grande aprieto!
Juan. Dame de presto la llave,
antes que nos halle el viejo,
de esta puerta. *Isab.* Toma, Juana.
Cam. Con mil palos me contento,
y aun con menos tengo hartos.
Juan. Ya está abierta.
Isab. Vén, Don Diego.
Dieg. Corre, Camacho. *Cam* Anda, Luisa.
Luis. Toda esta noche es agueros.
Vanse, y salen Don Pedro, y Elena.
Ped. Tú vestida á estas horas?
Elen. No te alteres;
y pues discreto eres,
con atencion me escuche tu respeto,
y la causa sabrás de aqueste efecto.
Ped. Dila presto.
Elen. Ya tendrás noticia,
(bien asi se introduce mi malicia) *ap.*
de que mi prima y yo::-
Ped. Todo me altera.
Elen. No quisiera que nadie nos oyera.
Ped. Aqui cómo es posible? ay penas graves!
Elen. Pues oye, digo, pues que como sabes,
hasta tomar estado,
con mi prima en tu casa me he criado,
y aunque la tengo amor, como á mi prima,
su honor, que por ser tuyo me lastima,
me hace decirte::- *Ped.* Qué?
Elen. Que Don Fernando
anda hoy su virtud solicitando
con grande extremo.
Ped. No es para casarse?
Elen. Si señor.
Ped. Pues hay mas de efectuarse?
Elen. Eso, señor, es lo que yo deseo,
por lo bien que á mi prima está su empleo;
mas hay un embarazo solamente.
Ped. Qué embarazo, no siendo mi pariente,
y pudiendome hablar?
Elen. Haver sabido,
que pretende tambien sér su marido,
y no sin harta nota de la Villa,
ese hijo de Hipolito Marsilla,
y no querer con nadie competencia
hasta saber tu gusto, y tu licencia;
de cuya dilacion resultar puede,
como siempre sucede,
peligro en Don Fernando, y en Don Diego,
porque en amor el hombre siempre es ciego;
tu eres prudente, y vés el desengaño,
yo soy tu sangre, reconozco el daño:
harto te he dicho, casala, si quieres,
con Don Fernando, ó con quien tu quisieres,
que aunque demás está mi advertimiento,
yo cumplo con decirte lo que siento.
Ped. No en valde te he querido siempre tanto,
que aun á tu prima casi te adelanto,
por tu honor, tu virtud, y tus costumbres.
Elen. Quisierate escusar de pesadumbres.
Ped. Yo quiero luego hablar á D. Fernando
para que elija donde, como, y quando
quiere que se efectue el casamiento,
que yo no he menester consentimiento

de

de mi hija, sabiendo, que es mi hija,
y que es fuerza que elija
solo á quien yo quisiere,
que aunque á D. Diego nadie le prefiere
en la virtud, y sangre que ha heredado,
Don Diego es pobre, y yo no estoy sobrado,
y en fin, justo, ó injusto,
este es mi gusto, y ha de hacer mi gusto.

Vase á entrar, y salen Doña Isabél, Don Diego, Camacho, y Luisa, como para querer entrar, y por la otra puerta sale Fabio.

Fab. Mi señor Don Fernando
de Gamboa á la puerta está, esperando
licencia para entrar pide.

Ped. Decid que entre.

Elen. No vaya ahora, porque no le encuentre.

Isa. El mismo inconveniente queda luego:
entra, Camacho. *Sale Camacho.*

Cam. Mi señor Don Diego
está esperando.

Ped. Pues decid que aguarde.

Dieg. Quien nace pobre siempre llega tarde,
mas no importa, escuchemos,
hasta vér en qué paran sus extremos.

Elen. Ya no espero sentencia en daño mio,
siendo Juez la codicia de mi tio,
y llegando Fernando á hablar primero;
y asi dexarles quiero,
por no dár á entender, si estoy delante,
el placer, ó el pesar en el semblante:
aguarda aqui, que luego doy la buelta.

Isab. Si haré, pues á morir estoy resuelta.

Elen. Harto me pesa á mí.

Isab. Bien te lo creo.

Elen. Todo suceda como yo deseo.

Vase, y sale Don Fernando.

Ped. Por la mano, señor, me haveis ganado.

Fer. Yo me huelgo de haverme adelantado,
y asi escuchad. *Ped.* Decid.

Fern. Yo seré breve.

Ped. Yo tambien, si lo que pienso os mueve.

Fern. Yo quiero bien á vuestra hija, y creo,
que paga honestamente mi deseo;
soy quien sabeis, pretendo ser su esposo,
tocaos á vos el darla al mas dichoso,
y holgaréme de ser el escogido;
mirad si breve, y compendioso he sido.

Ped. Yo lo seré tambien en convenirme.

Sale Don Diego.

Die. Aqui entro yo, y ahora aveis de oirme.

Ped. Pues como:::-

Empuñan las espadas.

Fer. Pues porqué:- *Die.* Tened, os ruego,
y como me escucheis, matarme luego.

Pe. Decid, que ya os entiendo, y enfadado
de la licencia que os aveis tomado:::-

Fern. Despues castigaré su atrevimiento.

Isab. Apenas para oirle tengo aliento.

Luis. Ahora se repuntan unos y otros.

Cam. Y Luego nos sacuden á nosotros.

Dieg. Quando los lances son tan apretados,
revelar los secretos mas guardados
no vanidad, señor, fuerza se llama,
y mas haviendo de por medio dama,
gusto, amor, competencia,
honra, peligro, libertad, violencia,
y otras pasiones tristes á este modo,
como en aqueste caso, que lo hay todo.
Desde que el Sol dorado,
corazon de los Cielos nacarado,
con media luz madruga,
y del Alva los párpados enjuga
al fuego de sus candidas centellas,
hasta que con la noche las Estrellas,
que á verle se asomaron,
pestañean la luz que le heredaron,
gasto en idolatrar á vuestra hija,
sin que otro aliento á mis potencias rija:
tanto, señor, que sabe el Cielo santo
que de quererla tanto
me pesa muchas veces, porque pienso,
que si agotando voy mi amor inmenso,
no tendré hoy el amor, que ayer tenia,
y faltandome amor para otro dia,
la puedo no querer en algun modo,
por haverselo ya querido todo.
Y si lo quieres vér mas claramente,
pon en una balanza diferente
todo el amor de Pyramo, de Orfeo,
Adonis, Colatiño, Accis, Perséo,

Plau-

Plaucios, Macías, Jupiter, Apolo,
Isis, Faetón, Teagenes, Mauscolo,
Gneto, Páris, Leandro,
Ulyses, Marco Antonio, y Periandro,
y pon en otra solo el amor mio,
y verás que ninguno tiene brio,
porque ninguno alcanza
á pesar lo que pesa esta balanza.
No hay hora, no hay instante,
que al bolcán del pecho fulminante
no arroje vivas llamas, cuya lumbre
pasa por Astro en la Celeste cumbre,
que lo amarillo de esa azul esfera,
quando en roxos carbones reververa,
no es tostado del Sol de tantos dias,
sino incendio de las ansias mias,
que la menor hasta los Cielos sube,
y unas veces es rayo, y otras nube.
Esto supuesto por verdad segura,
y supuesto tambien, que la hermosura
de Isabél, con reciprocos favores,
alienta, y vivifica mis amores,
dame á Isabél, asi los años cuentes,
que el paxaro de plumas diferentes
en el Arabia goza, donde habita,
siendo, quando se muere, y resucita,
con cada parasísmo,
hijo, padre, y abuelo de sí mismo.
Y en efecto, asi triunfes de qualquiera
enemigo, señor, que mal te quiera,
y como yo á tus pies arrodillado,
vencido te los bese, y humillado.

Arrodillase.

Ped. Advertid, que es exceso conocido.

Levantase.

Die. Que el favor me concedas, que te pido
siquiera por tener de aqui adelante
en mí, un esposo, no galán, ni amante,
que provoque tu enfado,
sino un esclavo, un hijo, y un criado,
que te consagre todo su alvedrío;
y si esto no te mueve, señor mio,
muevante aquestas lagrimas que lloro,
perdone aqui el decoro,
que aunque el valor estraña los gemidos,
para sentir se hicieron los sentidos.
Muevante (otra vez digo)
si no los ruegos de un humilde amigo,
los que me aguardan tragicos sucesos,
si tu piedad no templa mis excesos;
porque si perseveras
(ó no lo quiera Amor, ni tù lo quieras!)
en darla á Don Fernando,
quando vivo sus ojos adorando,
yo mismo homicida de mi mismo;
aunque el mundo lo tenga á barbarismo,
me he de tratar de suerte,
que á ser venga instrumento de mi muerte,
ó á voces repitiendo mi tormento,
ó para mí callando lo que siento,
ó retorciendo la vital estambre,
ó aumentando las fuerzas á la hambre,
ó bebiendo licores inhumanos,
ó rasgandome el pecho con las manos,
ò mirando su amor puesto por obra,
que donde zelos hay, el puñal sobra:
Haz ahora tu gusto, segun esto,
que para todo me hallarás dispuesto.

Ped. Estraño efecto de amor! *ap.*

Fern. Y aun arrojamiento estraño! *ap.*

Ped. Confieso, que enternecido
su voluntad me ha dexado.

Fern. Solo aguardo tu respuesta.

Dieg. Solo tu respuesta aguardo.

Fern. Si Elena no me ha mentido,
yo lograré mi cuidado. *ap.*

Dieg. Si hay piedad en sus entrañas,
yo te venceré llorando. *ap.*

Ped. No es la respuesta muy facil,
y por eso la dilato,
que hay casos en que el discurso
no se atreve á dar un paso,
ó embarazado en su duda,
ó en su riesgo embarazado.
El exemplo, como dicen,
le tocamos con las manos,
pues en el caso presente
parece imposible caso,
que pueda dexar de errarse,
aun haviendose acertado.
Si á Don Diego se la doy,
me quedo necesitado,
y grangeo un enemigo;

dandosela á Don Fernando,
no cumplo con la piedad,
que me debo á Cortesano:
Por lo qual, en mi decoro,
viene á ser razon de estado
no haber de darla á ninguno,
por querer darsela á entrambos:
porque casi á un tiempo mismo
miro, noto, advierto, y hallo,
congruencia en el dichoso,
justicia en el desdichado,
comodidad en el rico,
y en el pobre desamparo.
Esto respondo. *Fern.* Yo digo,
que me doy por obligado,
porque ya que yo la pierdo,
no la gane mi contrario.
Dieg. Yo no, yo no, porque asi
el derecho me has quitado,
que tengo á su voluntad,
como tu estás confesando.
Y asi, supuesto, señor,
que el negarme aqui su mano,
es solo por verme pobre,
oye el mas extraordinario
efecto de amor, que han visto
Griegos, Persas, y Romanos.
Ped. En qué forma? *Dieg.* Estame atento:
Dadme un plazo señalado
para llegar á ser rico;
y si cumplido este plazo
no lo fuere, desde luego
dexo, y renuncio en tus manos
quanto derecho tuviere
al casamiento tratado.
Ped. Digo, que el concierto admito:
qué plazo quieres? *Dieg.* Dos años.
Ped. Yo te doy tres, y tres dias.
Fern. Y ese termino pasado,
la haveis de casar conmigo?
Ped. Digo, que á todo me allano.
Fern. Soy contento. *Dieg.* Y yo tambien,
porque en ese breve espacio
no pienso dexar del Orbe
Clima tórrido, ó helado,
Isla, Ciudad, Selva, Reyno,
Monte, Mar, Provincia, ó Campo,
que para buscar hacienda
no tragine, aventurando
honra, salud, vida, y gusto;
fuera de que Don Gonzalo
de Aragon se parte ahora,
siguiendo á Carlos los pasos,
que en busca de Solimán,
vá en persona caminando,
y me tengo de ir con él.
Isab. Qué es lo que estoy escuchando! *ap.*
Dieg. En cuya conquista juro,
valiente, y desesperado,
de emprender tales hazañas,
que ó me negocien trabajos,
heridas, congojas, muertes,
disgustos, ansias, enfados,
hambres, infortunios, penas,
cautiverios, y fracasos;
ó me soliciten glorias,
aumentos, medras, aplausos,
oficios, tesoros, dichas,
honores, triunfos, y lauros,
para que mas dignamente,
sin estorvos, ni embarazos,
alcance, merezca, goce
la dicha, el bien, y el regalo
de los ojos de Isabél
en sus amorosos brazos.
Ped. Pues Don Gonzalo es mi amigo,
yo he de hacer, que Don Gonzalo
por su camarada os lleve.
Fern. Si para serviros valgo,
yo tambien me ofrezco á hablarle:
para que le aleje tanto, *ap.*
que no me pueda dar zelos.
Dieg. Esto es honrarme, y honraros.
Ped. Pues vamos, Fernando, apriesa,
porque si mas nos tardamos,
podrá ser que se haya ido.
Dieg. Con la respuesta os aguardo
á la puerta de mi casa.
Ped. Al punto la buelta damos. *vanse.*
Isab. Haz lo que te tengo dicho.
Cam. Señor:- *Dieg.* Ya entiendo, Camacho;
pero hasta bolver la esquina
es forzoso acompañarlos. *vase.*
Isab. Puedo salir? *Cam.* Si señora,
que ya ván la calle abaxo,
y ya buelve mi señor.

Salen de detrás del paño.

Isab. Loca estuve, y muerta salgo:
¿Cielos, qué ha de ser de mí?

Sale Don Diego.

Dieg. Pues todo lo has escuchado,
no sera, no, menester
decirte nada. *Isab.* No, ingrato,
que ya he visto que has querido,
por vengarte (aquesto es llano)
de los zelos que tuviste
anoche de Don Fernando,
irte, y dexarme sin vida.
Dieg. Yo, señora? *Isab.* Tú, tirano,
porque nadie hacer pudiera
un error tan declarado,
si no es queriendo perderme.
Cam. La verdad, señor, te ha hablado.
Dieg. Por qué? *Cam.* Yo te lo diré:
porque si vés mil Soldados
hartos solo de servir,
que de comer no están hartos,
que pobres, desnudos, rotos,
tullidos, cojos, y mancos,
con un brazo á la gineta,
y con una pierna en falso,
páran en pedir limosna;
cómo quieres tu en tres años
ir, medrar, y bolver rico,
como cura por ensalmo?
Dieg. Y no ha havido tambien muchos,
que por su brio han llegado
á merecer grandes puestos?
Isab. No suele ser ordinario,
porque para no medrar,
el merecer es atajo;
pero doyte que lo sea,
y doyte que los balazos,
las picas, y los mosquetes
de tanto fiero contrario
no te toquen, que no es facil,
que siempre á los desdichados
halla la bala mas cerca,
y la muerte mas á mano:
Qué escritura, di, te han hecho,
ó que fianza te han dado
mis penas, para que pienses,
que en un destierro tan largo,
me han de hallar viva tus ojos,
dexandome agonizando?
Yo me holgara de tener
un amor tan mesurado,
que lo pudiera templar,
ó el alivio, ó el engaño.
Pero si nadie se tasa
los sentimientos amando;
amando, y estando ausente,
cómo podré yo tasarlos?
Ea, señor, buelve en tí,
y tén lastima de entrambos,
pues no es razon que un capricho,
imposible, y temerario,
rompa de dos corazones
el mas bien texido lazo:
Qué dices? *Dieg.* Isabél mia,
si otro remedio no hallo
para llegar á ser tuyo,
qué puedo hacer en tal caso?
Isab. Yo te lo diré de presto:
Yo hasta aqui, mi honor mirando,
no me he atrevido á hacer cosa,
que ofendiese mi recato;
mas llegada la ocasion
de un lance tan apretado,
en nada repararé,
pues con mi esposo me salgo,
quando el Pueblo lo murmure;
y asi, llevame volando
á tu casa. *Dieg.* Solamente
con eso, Isabél, acabo
de confirmar mi desdicha,
pues estoy en tal estado,
que con estarme tan bien
lograr lo que quiero tanto,
no es posible en mi decoro,
el hacerlo, ni el pensarlo.
Isab. Por qué?
Dieg. Porque si tu padre
es contigo tan vizarro,
que pierde por mi respeto
de renta seis mil ducados,
no he de ser yo tan infame,
tan grosero, y tan villano,
que una fineza tan noble
la pague con un agravio;
fuera de que ya lo dixe,
y basta haver empeñado

mi palabra. *Isab.* En fin, Don Diego,
qué á detenerte no basto?
Dieg. No, Isabél. *Isab.* Pues vete, vete:
el corazon se me ha elado,
y si á la primer jornada
(que no será, no milagro)
te dixeren que soy muerta,
tenlo por averiguado,
y echate la culpa á ti;
y á Dios, que estoy rebentando
por hartarme de llorar.
Dieg. Dame primero los brazos,
por si no te buelvo á vér. *Abrazanse.*
Isab. Ay de mí! ya no te hablo,
porque no puedo, aunque quiera.
Dieg. Harto me dices callando.
Isab. Luisa, vén. *Dieg.* Oye primero;
Tocan una caxa.
pero la caxa tocaron. *Isab.* Y es á partir?
Dieg. Si señora. *Isab.* Gran dolor!
Die. Tormento estraño! *Isab.* Duro golpe!
Dieg. Triste dia! *Isab.* Pena fuerte!
Dieg. Trance amargo! *Isab.* Que te vás!
Dieg. Que no he de verte!
Isab. Que te pierdo! *Dieg.* Que me aparto!
Isab. Que estoy viva!
Dieg. Que no he muerto!
Isab. Que lo sufro! *Dieg.* Que lo callo!
Isab. Para quando son las penas?
Dieg. Para quando son los rayos?
Isab. Para quando las congojas?
Dieg. Y las muertes para quando?
Isab. Muerta quedo. *Dieg.* Sin mí voy.
Cam. A Dios, Luisa.
Luis. A Dios, Camacho.

JORNADA SEGUNDA.

Suena ruido de desembarcar, y salen Don Diego, y Camacho de Soldados.

Dieg. Milagro ha sido, Camacho,
el poder desembarcar.
Cam. O pesia tal con el Mar,
y con el primer borracho,
que por él se paseó!
Dieg. Desta vez cierta es la guerra,
porque el Cesar toma tierra.
Cam. Y estás contento? *Dieg.* Pues no,
si mis esperanzas todas
(que asi lo puedo pecir)
libradas tengo en morir?
yá el de Alva desembarcó.
Cam. Hace bien, que la mareta
vá creciendo cada dia.
Salen el Duque de Alva, y el Marquês.
Duq. Que marche la Infantería
al muro de la Goleta.
Dieg. Mondejar viene á su lado.
Marq. Todo el viento lo destroza.
Cam. Qué Toledo, y qué Mendoza!
Dieg. Ya, como tan gran Soldado,
armado el Cesar, ocupa
la proa de la Real.
Duq. Qué notable temporal!
Dieg. Ya se acerca la chalupa;
y otra de conserva luego.
Dent. Acosta, acosta la Barca,
porque el Cesar desembarca.
Dieg. Ya con uno, y otro fuego
le hacen la salva, al entrar
en el esquife lucido:
Valgate el Cielo! *Cam.* Qué ha sido?
Dieg. Que el Cesar cayó en el Mar;
no importa, que aqui estoy yo. *vase.*
Cam. Al Mar tras él se ha arrojado.
Duq. Qué ruido es ese, Soldado?
Cam. Que el Cesar al Mar cayó,
aunque todos por mil modos
lo intentaron remediar.
Duq. Gran desdicha!
Marq. Gran azár!
Duq. Acudamos allá todos. *vanse.*
Cam. O valeroso Español!
llega, vuela, nada, corre,
ampara, ayuda, y socorre
al Sol, que peligra el Sol.
Ya rompiendo ovas, y lamas,
por aljofares, y espumas,
hace de los brazos plumas,
y de las plumas escamas.
Ya ligero como un potro,
sin recelo, ni embarazo
corta el vidrio con un brazo,
y á su Rey saca con otro;
ya junto á la orilla aborda,
sudando sin descansar,

y aun yo de verle sudar
sudo la gota tan gorda.
Como quando pare alguna,
y empuja con el afán,
que quantas delante están,
empujan tambien á una.
Mas ya sale: Jesu-Christo!
de esta vez triunfo, y paseo,
enamoro, galantéo,
como, ceno, calzo, y visto;
porque él no puede dexar
de ser Titulo á mi vér,
y yo de su botillér
es imposible escapar;
con que ricos nos hallamos,
de Carlos nos despedimos,
y á nuestra patria escurrimos,
y en llegando, nos casamos,

Sale Don Diego muy mojado con Carlos Quinto en los brazos, y los Grandes.

Dieg. Afuera, pondréle en tierra,
y podrán llegar despues.
Ces. Gran valor! Duque? Marqués?
Cam. Para medrar por la guerra,
harto tienes con lo hecho.
Duq. Denos vuestra Magestad
su mano. *Ces.* Primos, llegad
á mis brazos, y á mi pecho.
Duq. Qué constante, y qué sufrido!
Marq. Que solo el Cesar cayera
entre tantos! suerte fiera!
Ces. Qué dices, Marqués?
Marq. Que ha sido,
por ser en ocasion tal,
azár, señor, el caer.
Ces. Mendoza, no hay que temer,
que aun no se os vertió la sal.
Dónde se fue aquel Soldado,
que al Mar tras mi se arrojó,
y en los brazos me sacó?
Cam. De aqui sales Potentado.
Duq. Mirad, que su Magestad
os llama. *Dieg.* Suerte dichosa!
Isabél es hoy mi esposa.
Ces. Dadme los brazos, llegad,
que bien mis brazos merece
quien tuvo tanto valor.
Dieg. Los pies me bastan, señor,
pues entre ellos se engrandece
la poca fortuna mia.
Duq. Envidia tuve á su accion.
Ces. De dónde sois? *Dieg.* De Aragón.
Ces. Bien se vé en vuestra osadía:
ha mucho que sois Soldado?
Dieg. No señor, visoño soy.
Ces. Servid, que palabra os doy
de tener de vos cuidado:
venid, Duque, andad, Marqués,
y marche la infantería.
Duq. Vuestra Magestad podia
mudar vestido. *Ces.* Despues.
Marq. Ahora importa el abrigo,
porque venís muy mojado,
Ces. Mas lo queda aquel Soldado,
que al Mar se arrojó conmigo,
y contrastó la mareta;
y asi, dexadme marchar,
que no me he de desnudar
hasta entrar en la Goleta.
Duq. Será la distancia poca,
si lo que acostumbro hago.
Ces. Pues cierre España.
Marq. Santiago. *Duq.* Toca al arma.
Ces. Toca. *Todos.* Toca.

Vanse, y queda Don Diego, y Camacho.

Cam. Muy frios hemos quedado.
Dieg. A quien, Camacho, pudiera
suceder, si no es á mí,
una cosa como esta?
Que el Cesar cayese al Mar,
que me arroje tras del Cesar,
que nada montes de espuma,
que rompa por la tormenta,
que salga corriendo arroyos,
que su Magestad lo vea,
que libre en tierra le ponga,
que el mundo envidia me tenga,
y que quando, quando espero,
que por aquesta fineza
me favorezca con algo
para bolverme á mi tierra,
palabras, que lleva el viento,
solo me dé por respuesta!
Ay hombre mas desdichado!
Cam. Pues de quien, señor, te quexas,
si tienes la culpa tú?

tú te culpa, que pudieras,
quando llegaste á sus plantas,
referirle tus tragedias,
y pedirle algun oficio:
que aun Dios, con ser Dios, se alegra
de que le pidan los hombres,
y no hay dia que amanezca,
que unos, y otros no le pidan,
ya justo, ó injusto sea.
Los pobres, que haya buen año;
los Tratantes, que haya ferias;
los Letrados, que haya pleytos;
los Mohatreros, que haya deudas;
los Ministros, que haya paces;
los Soldados, que haya guerras;
los Frayles, que haya limosnas;
las Monjas, que haya licencias;
los Medicos, que haya fruta,
pepinos, y verengenas,
porque son tercianas dobles,
y hacen su Agosto con ellas:
Los Pasteleros, que haya
Toros, porque en estas fiestas
mueren algunos rocines,
que en los de á quatro se encierran:
Los discretos, que haya libros;
los bobos, que haya camuesas;
los Curas, que haya mortorios;
los Sastres, que haya libreas;
los Jueces, que haya delitos;
los Musicos, que haya letras;
los enfermos, que haya fuentes;
los sanos, que haya tabernas,
aunque tabernas, y fuentes
ya es todo una cosa mesma;
y en efecto, quantos viven
sin empacho, ni verguenza,
á Dios piden de comer,
quando el Pater noster rezan.
Dios es Dios, Carlos es hombre,
el uno entiende por señas,
y el otro ha menester gritos;
sacá tu la consequencia,
y perdona, que ya veo,
que hablo ya mas que una Dueña,
que un Sastre, que un Mequetrefe,
que un Barbero, y que un Poeta.

Dieg. Ay, Camacho! quien nació,
como yo, con mala estrella,
ni diligencias le bastan.
ni meritos le aprovechan.
Y asi, pues que Carlos Quinto,
Señor del Mar, y la Tierra,
que premia á quantos le sirven,
á mí solo no me premia;
Isabél de mí se olvida,
que es lo que mas me atormenta,
pues en dos años y medio
no he merecido respuesta
de tantas cartas escritas
por orden de Doña Elena.
Don Fernando mas constante
la sirve, y la galantéa,
esperando celebrar
sus bodas, y mis exêquias,
y del plazo señalado
solos seis dias me quedan
para vencer mi fortuna,
y para adquirir hacienda.
El remedio es el morir
como noble en esta guerra,
pues con la muerte en efecto
todas las desdichas cesan;
y asi, en llegando la hora::- *Tocan.*

Cam. Ya las caxas, y trompetas
hacen señal de embestir.

Dieg. Huelgome, porque lo creas,
y veas, que por los tiros,
por las picas, y las flechas
me voy metiendo, hasta que
de tantas, alguna pieza
me haga harina las entrañas.

Cam. No hayas miedo que lo vea.

Dieg. Por qué? *Cam.* Porque no estaré
tan cerca de tí, que pueda.

Dieg. Yo sé, Camacho, que acierto.

Cam. Lleveme el diablo si aciertas.

Dieg. Quien sabe lo que es amor,
dirá que el morir es fuerza.

Cam. Quien sabe lo que es vivir,
dirá que es gran borrachera.

Dieg. La muerte todo lo acaba.

Cam. La vida todo lo alienta.

Dieg. Los desdichados no viven.

Cam. Menos viven los que llevan
las patas ácia delante,

y ván á comer arena.
Dieg. No hay gusto sin Isabél.
Cam. Muchos puede haver sin ella.
Dieg. Muerto soy, si ella me falta.
Cam. Mas falta te hará una muela.
Dieg. Eres en fin hombre baxo.
Cam. Pues cuentaselo á tu abuela.
Dieg. O qué repuestas tan frias!
Cam. O qué locuras tan necias!
Vanse, y salen Don Fernando, y Elena.
Fern. No quisiera que me viera
tu prima en esta ocasion.
Elen. Tienes, Fernando, razon;
mas Juana quedó á la puerta,
y no se descuidará.
Fern. Traza como tuya ha sido.
Elen. Y está todo prevenido?
Fern. Todo prevenido está.
Elen. Y el hombre que ha de venir,
sabe ya lo que ha de hacer?
Fern. Que no lo echará á perder
solo te puedo decir,
pues fuera de ser mi amigo,
y vér del modo que estoy,
vino ayer, y vase hoy,
y no le han visto conmigo;
con que no puede poner
nadie en su credito dolo.
Elen. Por ese camino solo
á mi prima has de vencer.
Fern. Es verdad, mas solo temo,
si á Don Diego quiere tanto,
que la ha de matar su llanto.
Elen. Ya no es, no con tanto extremo;
que como por orden mia
á la hora del partirse
concertaron escrivirse,
y las cartas que él embia
no se las doy á Isabél,
ni el vé lo que escrive ella;
él está zeloso de ella,
y ella está ofendida dél;
y asi lograr tu cuidado
puedes sin ese temor,
porque aunque es mucho su amor,
está mucho mas templado.
Fern. Pues en esa confianza
voy á ordenar lo dispuesto.
Elen. Lo que importa es, que sea presto,
que hay peligro en la tardanza.
Fern. Quando te parece á ti?
Elen. Dentro de una hora, ù de dos.
Fern. Pues á Dios, Elena. *Elen.* A Dios.
Fern. Un imposible vencí. *vase.*
Elen. Quien me viere padecer,
quien me viere sollozar,
quien me viere aventurar,
quien me viere resolver,
y quien me viere en efecto
con engaños, y trayciones
decir, y hacer sin rinrazones
contra mi propio respeto,
juzguese desesperar,
imaginese sufrir,
considerese morir,
y mirese agonizar,
y verá como disculpa
mi pena con su dolor,
mi locura con su error,
y con su culpa mi culpa:
que los yerros fueran menos,
si aquellos que murmuráran
de los suyos se acordáran
quando riñen los agenos;
y asi, para que Isabél
pierda toda su esperanza::-
Sale Juana. Habla quedo, y con templanza,
qué está detrás del cancél.
Elen. Ya la he visto.
Salen Isabél, y Luisa.
Isab. Muerta vengo.
Luis. Tén de ti propia mancilla.
Isab. Si haré; traeme la almohadilla.
Luis. Ya en el estrado la tengo.
Elen. Todas, prima, te aguardamos
de alegrarte deseosas.
Isab. Diligencias son ociosas
por mi parte; pero vamos,
siquiera por vér si hay
un alivio para mí.
Descubrese un estrado, y sientanse á labrar.
Luis. La gasa tienes aqui,
y tú, señora, el cambray:
tú, que es menos embarazo,
esa camisa de Holanda:
tú las puntas de la vanda,

y yo, y Juana el cañamazo;
no hay sino hacer, y callar.
Isab. Ya yo, Luisa, estoy sentada.
Luis. Allega mas esa almohada:
cómo te vá de penar?
Isab. Como siempre, que el dolor,
despues que mi bien perdí,
ya es naturaleza en mí.
Elen. Luego lo dirás mejor: *ap.*
muy poco contigo valgo.
Isab. Es la pena descortés.
Elen. Cantan? *Isab.* Canten. *Elen.* Inés,
y Francisca, cantad algo.
Cant. Toda la vida es llorar
por amar, y aborrecer,
en dexando, por bolver,
y en bolviendo, por dexar.
Elen. Qué verdades tan seguras
son las de algunos romances!
Isab. Qué poco me alcanza á mí
lo civil de estas verdades!
Elen. Por qué?
Isab. Porque como siempre
estoy en amor constante,
quanto lloro es por temerle,
mas no, prima, por dexarle.
Elen. Haces mal. *Isab.* Quiero muy bien.
Elen. No te pagan? *Isab.* Quien lo sabe?
Elen. Tu lo sabes. *Isab.* Es engaño.
Elen. Es que quieres tu engañarte.
Isab. Don Diego siempre me quiso.
Elen. Don Diego pudo mudarse.
Isab. No hay razon para creerlo.
Elen. El no escrivirte es bastante.
Isab. Puede ser que mas no pueda.
Elen. Lo que yo digo es mas facil.
Isab. Qué puedo hacer, si le adoro?
Elen. Divertirte, y olvidarle.
Isab. Son muy vulgares remedios.
Elen. Qué importa que sean vulgares?
Isab. No los abraza mi amor.
Elen. Qué importa no los abraze?
Isab. Es tarde para sanar.
Elen. Todas sanan aunque tarde.
Isab. No soy muger como todas,
y asi te cansas en valde.
Elen. Yo quisiera verte alegre.
Isab. Yo no quiero, siendo infame.
Elen. Querer vivir no es delito.
Isab. Si; mas lo es el ser mudable.
Elen. Danme lastima tus penas.
Isab. Mas lo harán mis liviandades.
Elen. En fin, no valen mis ruegos?
Isab. En esto, prima, no valen.
Elen. Pues buelvome á mi labor.
Isab. Pues buelvome á mis pesares.

Sale Feliciano Soldado.

Felic. Esta es sin duda la casa,
si no mienten las señales.
Luis. Un hombre se ha entrado acá.
Elen. El es. *Juan.* Bien lo dice el trage.
Isab. Qué es, señor, lo que quereis?
Felic. Si acaso erré, perdonadme,
que un forastero disculpa
tiene para yerros tales:
A Hypolito de Marsilla,
que vive en aquesta calle,
y pienso que en esta casa,
quisiera hablar, para darle
esta carta, y unas nuevas.
Isab. Son del hijo que fue á Flandes?
Luis. Gracias á Dios, que te ries.
Felic. Si señora. *Elen.* Puedo darte
el parabien? *Isab.* Ay amiga!
el gozo apenas me cabe
en el pecho. *Felic.* No es aqui?
Isab. No señor, mas adelante,
á mano izquierda, es la casa
de ese hidalgo. *Felic.* Quien no sabe,
sin querer, cada momento
hace yerros semejantes.
Isab. En todo aciertan, señor,
los hombres de vuestras partes:
Y como queda Don Diego?
que el ser vecina, me hace
ser curiosa. *Felic.* No ha tenido
Italia quien le aventaje,
y aun eso le echó á perder.
Isab. Pues por qué?
Felic. Porque en el lance
primero que se ofreció,
por querer adelantarse
mas, que muchos Coroneles,
y que algunos Capitanes,
una pieza le llevó,
sin poder nadie ayudarle,

la cabeza de los hombros.

Desmayase Isabél.

Isab. Ay de mí! *Elen.* Caso notable!
Prima. *Luis.* Señora. *Felic.* Qué ha sido?
Elen. Robóla el susto la sangre,
y hase quedado mortal.
Felic. Perdonad, si he sido parte
de esta pena, que á saber::-
Elen. Vos, señor, en nada errasteis.
Felic. Lo que me mandaron hice,
no debo mas: Dios os guarde: *vase.*
Elen. Id vosotras, y avisad
de este repentino achaque
á mi tio. *Juan.* Vamos presto. *vase.*
Elen. Y tu, Luisa, traeme, traeme
un vidrio de agua. *Isab.* Detente,
que ya el agua vendrá tarde,
porque me hallará sin juicio,
quando muerta no me halle.
Muerta estoy: Cielos piadosos,
no os admire, no os espante:
Triste de mí, que escuchando
una desdicha tan grande,
dude, tema, desespere,
arda, tiemble, grite, clame,
llore, gima, pene, jure,
cayga, enferme, muera, acabe,
y acá de puertas adentro
de mis pensamientos, ande
como loca, sin saber
á nada determinarme,
que los golpes repentinos
no hay cordura que no arrastren.
Valgame Dios! *Elen.* Si no tratas
de procurar olvidarle::-
Isab. Calla por Dios, y no seas
como algunos ignorantes,
que visitando á un enfermo,
le dicen por consolarle,
que no imagine en el mal,
como si fuera muy facil
tener presente el dolor,
y del dolor olvidarse.
Yo estoy padeciendo ahora,
sí, la enfermedad mas grave,
la calentura mas fiera,
el dolor mas penetrante;
pues en qué quieres que piense
si no en sentir, y quexarme,
hasta que la pesadumbre,
que es enfermedad aparte,
se arraygue en el corazon,
y poco á poco me mate,
que es lo que yo solicito
por alivio de mis males?
Aunque no, no digo bien,
mejor es vivir, mas vale
conservar aquesta vida,
y con risueño semblante
alegrarme, y divertirme;
no porque el vivir me agrade,
sino porque puede ser,
que viviendo (escuchadme)
viva Don Diego tambien,
aunque la vida le falte:
que si un gusano de seda,
quando helado, y muerto yace,
solamente con que el dueño
que cuida de su hospedage,
dentro del pecho le abrigue,
le dé calor, y le guarde,
cobra la vida perdida,
y nuevamente renace
á usar de su propio ardid
en el capullo flamante;
bien podré yo, bien podré,
amorosa, tierna, afable,
con mi calor, con mi aliento,
con mi vida, con mi sangre,
encender esta pavesa,
revivir este cadaver,
y abrigar esta ceniza,
hasta retexer su estambre.
Y asi, yo quiero vivir,
porque á Don Diego le alcance
algo de mi vida, y viva,
como un gusano lo hace;
pues si muero, no es posible,
que le vea, ni le hable;
y si vivo, puedo verle,
pues puedo resucitarle.
Mas no, dexadme dar voces,
que aunque mi padre lo mande,
aunque el Pueblo lo murmure,
aunque el pundonor lo infame,
aunque el recato lo riña,

y aunque la virtud lo estrañe,
á todas horas mis ojos
han de dar claras señales
de que quise, que adoré
resuelta, firme, y constante
aquella difunta luz,
aquel ajado diamante,
aquella apagada antorcha,
y aquella deshecha nave,
que no hay respeto, ni temor que baste
con tantas penas, con dolor tan grande.

Vanse, y aparecese Don Diego en una muralla, con espada desnuda, una rodela, y un Estandarte.

Dieg. Ea, Españoles, Tunez por España,
que aunque llueva enemigos la campaña
en el peligro la ocasion se muestra:
El Cesar viva, la victoria es nuestra.

Buelven á tocar, y sale el Cesar, y los Grandes con las espadas desnudas.

Duq. Ya Barbaroja huyó mal seguro.
Ces. Quien es aquel Soldado, que en el muro
ha llegado á poner el Estandarte?
Duq. Marsilla pienso que es.
Ces. O Español Marte!
con quanto tengo, Duque, me parece
que no satisfaré lo que merece.
Mar. Tambien en la Goleta hizo lo mismo.
Dieg. España viva, y muera el Barbarismo.
Ces. Prosigase el asalto.
Duq. Cierra, España.
Dieg. Ya la Ciudad se rinde.
Marq. Ilustre hazaña!
Ces. Ea, entrad, mis Leones, entrad luego,
y saqueadla á sangre, y fuego.
Dent. El saco se permite. *Dieg.* Arriba.
Ces. Arriba. *Die.* Viva el Cesar de España.
Tod. Viva, viva.

Tocan á embestir, y vanse, y salen Soldados cargados de despojos.

Sold. 1. Esto si que es lucirse ser Soldado
un hombre; vive Dios, que voy cargado,
como allá en la Goleta de zequíes,
aqui de alfombras, piedras, y rubíes.
Sold. 2. Bien haya, amen, quien inventó la guerra:
rico de aquesta vez buelvo á mi tierra:
con seis jaeces Turcos de labores,
que no los tiene Solimán mejores.
Sold. 3. O saco de los Cielos soberano!
ahora si, que campará un Christiano
con dos collares, que de perlas, y oro,
valen, si no son falsos, un tesoro.

Vanse, y sale Don Diego muy triste.

Dieg. No hay hombre, vive Dios, tan desgraciado,
que no haya puesto pie, que no haya entrado
donde haya fuente, vaso, jarro, copa,
oro, plata, cequí, piedra, ni ropa,
y que quando no hay hombre que no salga
rico del saco, poco, ó mucho valga,
yo que el primero entré de tanta gente
sangre de Moros saco solamente!
el juicio he de perder.

Sale Camacho con una talega al hombro.

Cam. O qué bien pesa
la talega! parece una Abadesa:
á un galgo la quité, y es cierta cosa,
que hay en ella riqueza portentosa:
dicha grande es triunfar del enemigo!
bolcarla quiero, vaya Dios conmigo:
Jesus, qué cantidad de baratijas! *Buelcal.*
ollas, cazuelas, alcuzcúz, botijas,
antojos, almohaza, gurupera,
estrivo, manta, freno, ratonera;
alpargatas, arnero, calzas, botas,
candil de garabato, y maniotas:
por Dios, que es gran tesoro,
Genovés Recoleto era este Moro:
quiero bolverlo á recoger, no venga
alguno, que conmigo se entretenga,
y piense que con esta carretada
á la Plazuela voy de la Cebada.
Dieg. Loco estoy.
Cam. Mas alli siento á mi amo,
que al saco habrá venido como un gamo,
y tendrá (quién lo duda) de rubíes,
de alhajas, y de piedras carmesíes
una azémila ya como una sarta:
quiero decirle, que conmigo parta,
y que me dé siquiera mil diamantes;
ha señor. *Dieg.* Ay desdichas semejantes!
Cam. No respondes? no hablas? estás sordo?
que mas hiciera un Mercader muy gordo?

al Cielo miras, y las manos juntas?
Dieg. Qué te he de responder? qué me preguntas?
Cam. Furioso estais. *Dieg.* Estoy desesperado.
Cam. Otra talega como yo ha topado.
Dieg. Y á matarme tambien estoy resuelto; toma esta espada.
Cam. El juicio se le ha vuelto.
Dieg. Y matame. *Cam.* Qué dices?
Dieg. Esto digo,
haz cuenta, que naciste mi enemigo,
ó que eres mi contrario declarado.
Cam. Todo lo puedo ser, siendo criado,
pero darte la muerte es caso fuerte.
Dieg. Vive el Cielo, que me has de dár la muerte,
ó te la he de dar yo. *Cam.* Gentil partida:
escusalo, si puedes, por tu vida,
porque son muy costosas pataratas.
Dieg. Mataréte por Dios, si no me matas.
Cam. Digo que yo lo haré, suelta el azero;
ahora bien, el humor llevarle quiero, *ap.*
hasta que gente venga
que á mi me libre, y su furor detenga.
Dieg. Qué aguardas? llega, y matame, Camacho.
Cam. Juro á Dios, y á esta Cruz, que está borracho,
por donde te he de dár?
Dieg. Por qualquier parte.
Cam. Quisiera con aliño homicidarte;
por la garganta quedarás muy fiero,
porque con el aprieto del guarguero,
como el que muere en puntos no repara,
sacarás una lengua de una vara.
Dieg. Pues pasame este pecho.
Cam. Sea en buen hora,
que por aqui no pase un alma ahora!
echaré al lado izquierdo, ó al derecho?
Dieg. Arrojate por medio.
Cam. Aquesto es hecho.
Dieg. Mas ha de ser de modo, que no ofendas,
quando la punta con el brazo estiendas,
de mi dueño la imagen.
Cam. Esto ha estado
discretisimamente reparado,
porque sin duda alguna la lisiára,
si á troche, y moche por enmedio echára;
y asi será razon, si te parece::-
mas el Cielo mis ruegos favorece,
que el Cesar sale. *Die.* Acaba, date prisa.
Cam. No puedo, porque pienso ser de Misa.
Dieg. Pues mataréme yo, porque mas presto::-
Sale el Cesar con los Grandes.
Cam. Estás en tí, señor?
Ces. Tened, qué es esto?
Die. Nacer sin dicha, y dar un hombre en loco.
Cam. Y haber cargado delantero un poco;
quiere matarse. *Ces.* Qué decis: un hombre
de tan gran valor, de tanto nombre,
ha de pensar locura semejante?
Dieg. Tengo causa, señor, y muy bastante.
Ces. Decidla presto. *Dieg.* Oidla atentamente.
Cam. Ahora entra el pedir famosamente.
Dieg. En Teruél, Principe Augusto,
Cesar invicto de Roma,
Emperador de Alemania,
y Gran Monarca de Europa:
En Teruél, Ciudad insigne
de Aragon, y su Corona,
Reyno aparte, y Reyno tuyo,
que es en él su mayor gloria,
nací: plugiera á los Cielos
fuera mi vida tan corta,
que en la clausula de un dia
huviera cabido toda,
que vivir para ser pobre,
y mas en la edad de ahora,
bien puede llamarse vida,
mas es vida muy penosa.
Dexo aparte mi crianza,
supongo mi Executoria,
paso por el ser bien quisto,
y voy solo á lo que importa,
porque donde el tiempo falta,
qualquiera episodio sobra.
Vivía pared enmedio
de mi casa (aqui es forzosa
la digresion) una dama:

no dixe bien, una Rosa;
mal la encarecí, una Estrella;
grosero anduve, una Aurora;
mucho la ofendí, una Venus;
poco la alabé, una Diosa;
todo es nada, una muger,
sin genero de lisonja;
cortés, como Ciudadana;
firme, como Labradora;
noble, como Montañesa;
compuesta, como señora;
discreta, como mil feas;
y linda, como ella sola.
Esta pase por pintura
de las prendas que la adornan
á Isabél; y sobre todo,
ser de mi gusto, que monta
mas, que todo lo demás:
que para quien se enamora,
la que mejor le parece,
es solo la mas hermosa.
Pedila, en fin, á su padre,
el qual (ay triste memoria!)
despues de otros muchos lances,
que huvo de una parte, y otra,
me respondió, que sin duda
fuera mia la victoria,
á tener yo el Mayorazgo
de Don Fernando Gamboa,
hombre rico, y que á este tiempo
solicitaba sus bodas.
Yo entonces viendo, que solo
era falta poderosa
para perderla el ser pobre,
(porque ya el serlo es deshonra)
para ser rico le pido
término, y él me le otorga
de tres años, y tres dias:
acciones, señor, que todas
cosas de sueño parecen,
ó novelas fabulosas.
Y sin detenerme un punto,
ni atender á las congojas
de Isabél, que aun á los bronces
ablandáran lastimosas,
con un Capitan, que estaba
de partida á Barcelona,
senté plaza, y embarcados
en dos fuertes Galeotas,
en Florencia nos hallamos,
á tiempo que sus discordias
te obligaban á cercarla,
de cuya faccion heroyca
era el Principe de Orange
General por tu persona.
Aqui he menester, señor,
que tu Magestad me oyga
con admiracion; bien puedo
decirlo de aquesta forma:
porque en una escaramuza,
que tuvimos peligrosa,
sobre estorvar un socorro
con la gente de Saxonia,
á mi Maestre de Campo
Juan de Urbina, honor, y gloria
de Madrid, ví atravesar
el pecho con dos pelotas,
que Felipe de Bullón,
Caudillo de aquellas Tropas,
le tiró desde un cavallo,
hijo adoptivo del Boreas.
Yo entonces de vér corrido
del Saxón la vanagloria,
y de los nuestros la pena,
que mudamente la llevan,
rompiendo por todos quantos
estaban á la redonda,
vine á emparejar con él,
el qual de mi furia loca
queriendo satisfacerse,
alza la cuchilla corba;
para alcanzarme mejor
sobre el cavallo se dobla:
mas yo, cubriendome todo
de una rodela Española,
el golpe reparo, y buelvo
con tal presteza la hoja,
que le llevé de un rebés
muñeca, espada, y manopla.
Y bolviendome á mi puesto
antes que el paso me cojan,
si no presumido, ufano
quedé de accion tan ayrosa;
porque aunque no le maté,
por estár tantos de escolta,
me pareció que havia sido

ven-

venganza mas rigorosa,
hacer zurdo á un hombre noble,
que matarle á toda costa.
Rendida Florencia, luego
pasé con Andrea Doria
á Petraso, y á Cotron,
Patria de Plutarco honrosa,
y restauradas sus Plazas,
corrí de Grecia la Costa,
hasta que en Puerto-Fariña
fue mi suerte tan dichosa,
que encontré á tu Magestad,
que en busca de Barbaroja,
doblando el cabo á Cartago,
lleno de marciales pompas,
daba fondo en la Goleta;
por mas señas, que las olas
se enfurecieron de modo
con una mareta sorda,
que al saltar en un esquife
por el lado de la popa,
zozobró á vista de todos
la maritima carroza;
y apenas te ví caído,
quando al páramo de aljofar
ligero buzo me arrojo,
y á tu Cesarea Persona
saco en mis brazos, rompiendo
montes de texidas ovas,
que intrépidas batallaban
por bolverme á hurtar la joya.
Puesto cerco á la Goleta,
por un portillo de sogas
subí trepando hasta arriba,
sin que bastasen pistolas,
lanzas, picas, chuzos, flechas,
mosquetes, tiros, ni bombas,
á echarme de la muralla,
adonde maté en un hora
tanto numero de Turcos,
y de Moros tanta copia,
que quando quiso acudir
al socorro Barbaroja,
no huvo menester escalas
para su muralla propia;
porque eran los muertos tantos,
que al romper por las marlotas,
su multitud acinada,
servía de plataforma.
En Tunez hice lo mismo
sobre las almenas rojas,
tremolando el Estandarte
de tus Aguilas de Roma.
Y todo á fin, Gran Señor,
(que asi lo diga perdona)
de enriquecer, por si puedo,
ojalá Amor lo disponga,
mejorando de fortuna,
gozar de mi amada esposa.
Pero viendo que no tengo
fortuna en ninguna cosa,
que mis finezas se pierden,
que mis hazañas se ignoran,
que los despojos me huyen,
que los hados me valdonan,
que mi esperanza fallece,
que el tiempo corre la posta,
que Isabél espera el plazo,
que los Cielos no lo estorvan,
y que á mi pesar, en fin,
se han de celebrar sus bodas,
desdicha, que ha de matarme
á la larga, ó á la corta.
A este criado, que siempre
me ha seguido en mis derrotas,
le rogué que me matase
por modo de buena obra.
Esta, Señor, es mi vida,
mi amor, mi pena, mi historia,
y la causa que he tenido
para una faccion tan loca.
Si ruegos, ansias, servicios,
asaltos, triunfos, victorias,
lagrimas, sustos, trabajos,
aflicciones, y congojas,
valen para merecer
de tus manos generosas
premio alguno, que equivalga
al intento que me exôrta:
haz cuenta, señor, haz cuenta,
que me lo dás de limosna,
y que como Dios, me haces
de nuevo, porque conozca
Aragón, España, el Mundo,
que á tus rayos, y á tu sombra,
la mas adversa fortuna

se

se desmiente, y se mejora:
y tambien, porque un amor,
el mas fino que hasta ahora
ha visto el mundo, se logre,
y á pesar de quien le enoja,
al fin llegue que deseo,
con cuya faccion heroyca
tu grandeza se sublíma,
mi voluntad se corona,
la virtud queda triunfante,
el poder sus fuerzas postra,
Don Fernando pierde el premio,
mi afecto gana la joya,
Isabél me dá su mano,
su padre me galardona,
y yo la vida redimo;
porque siendo ella mi esposa,
no hay dolor que me compita,
ni pena que se me oponga.
Ces. Notable historia por cierto!
Marq. Notable, y aun prodigiosa!
Duq. Su amor iguala á su brio,
y uno de otro se ocasiona.
Ces. Vos teneis mucha razon,
siendo, como son, notorias
vuestras hazañas, de estár
quexoso de mi memoria:
mas no ha sido culpa mia
en no estar premiadas todas,
sino de vuestra fortuna,
que parece que las borra;
porque queriendo poner
su satisfaccion por obra,
muchas veces sin pensar,
se me han ofrecido cosas,
que han podido divertirme,
pero no podrán ahora.
Y asi digo lo primero,
que os hago de vuestra propia
Compañia Capitan,
y os doy de ayuda de costa
tres mil ducados cada año
de las rentas que se cobran
de Teruél; y del despojo,
que por mi parte me toca,
quatro mil para el camino.
Dieg. Dexame, señor, que ponga
en la tierra, que merece
tocar tus plantas heroycas,
una, y mil veces los labios.
Ces. Vuestro valor os abona.
Cam. Y á mí no me abona nada,
que en todas las peleonas
le he acompañado? *Ces.* Tambien,
para tu ayuda de costa,
dí que te dén mil escudos.
Cam. Por cada escudo una flota
Mexico te contribuya,
de barras de á media arroba,
para conservar á Flandes,
que bien son menester todas.
Ces. Tú vete quando quisieres:
vos, Duque, haced que una Tropa
siga á Barbaroja; y vos
venid, para que responda
al Pontifice, y á España
avise de esta victoria.
Vanse, y quedan Don Diego, y Camacho.
Dieg. Tantas, señor, te dé el Cielo,
que tus Aguilas famosas
mas allá de lo imposible
vuelen siempre vencedoras.
Cam. Baylo, brinco, y zapatéo.
Dieg. Huvo suerte mas dichosa?
Cam. Dióte al fin como quien es.
Dieg. Es Carlos Quinto, que sobra.
Cam. Y ahora qué falta aqui?
Dieg. Embarcarme á tomár postas.
Cam. Dí á cobrar nuestro dinero.
Dieg. Pues vamos. *Cam.* Seré una Onza.
Dieg. Viva Carlos. *Cam.* Carlos viva.
Dieg. De esta vez mi amor se logra.
Cam. De esta vez Luisilla es mia.
Dieg. De esta vez gozo mi esposa.
Cam. Y de esta vez Don Camacho
me apellido entre las mozas.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Elena, y Doña Isabél.
Elen. Ya el termino se cumplió,
ya qualquier remedio tarda,
ya el desposorio te aguarda,
y ya Don Diego murió.
Isab. Pues bien, ¿qué puedo hacer yo?
Elen. Los ojos del suelo alzad,

siquiera por escusar
la sospecha á quien te vé.
Isab. Bien dices, asi lo haré,
y aun es fuerza á mi pesar,
porque es distinto el modelo
del que nace, y del que espira,
que el que nace al suelo mira,
y el que espira mira al Cielo:
Yo hasta aqui miraba al suelo,
porque viva me juzgué;
mas ya al Cielo miraré,
porque aunque llore, y suspire,
es razon que al Cielo mire
quien agonizar se vé.
Sale Luis. Mi señor te anda buscando
y ya llega al corredor.
Sale Ped. Isabél? *Isab.* Padre, y señor?
Ped. ¿En qué te detienes, quando
te están todos aguardando?
Isab. ¡Ay de mí! Cielos, ¿qué haré?
Ped. ¿Qué dices? *Isab.* Que ya lo sé.
Ped. ¿Pues qué aguardas? *Isab.* Ya te sigo.
Elen. Yo la llevaré conmigo.
Ped. Y yo á esperaros me iré. *vase.*
Isab. Ya llega de mi partida,
amigas, el fin postrero,
ya he muerto, sí, que no muero,
que el que muere aun tiene vida;
y yo estoy tan despedida
de la vida que gocé,
que quando difunta esté,
despues por otro accidente,
la novedad solamente
de cadaver llevaré.
Muerta soy, y aun muerta siento,
porque venga todo junto,
para el gusto lo difunto,
lo vivo para el tormento.
Y porque igualar intento
de Don Diego asi el amor,
que si él me lleva en rigor
de ventaja la mortaja,
yo le llevo de ventaja
sobre la muerte el dolor.
Ojos de llorar no enjutos,
lutos vestid de dolor,
que una boda sin amor,
no es mal paño para lutos.
Y pues con amor los brutos
lloran, llorad mi pesar;
pero no, que es descansar,
y mirandome morir,
por no dexar de sentir,
aun no tengo de llorar.
Y vos, alma de los dos,
á Dios, que voy á morir,
pues lo podré conseguir
con acordarme de vos;
porque si imagino (ay Dios!)
que estais vivo, es tan crecida
esta gloria, aunque fingida,
que á pesar del hado fuerte,
despues de pasar la muerte,
me buelvo á hallar en la vida.
Ruegos de un padre alcanzado,
porfias de un gran poder,
desdichas de una muger,
y nuevas de un nuevo estado,
á consentir me han forzado
mi casamiento; mas miento,
que en tan terrible tormento
puedo sin vos, y sin mí
á otro dueño dar el sí,
pero no el consentimiento;
que el sí la lengua le dá,
y el consentimiento el gusto,
y la lengua con el susto
no dice lo que hay acá:
que como en humedo está,
y el corazon habla quedo,
al publicar su denuedo,
haciendo del llanto risa,
ó desliza con la prisa,
ù resvala, con el miedo.
Ya, Don Diego, en fin, me caso,
quando el amor dexo atrás;
mas no puedo decir mas,
que el dolor se ha puesto al paso;
lo que sufro, lo que paso
no tiene ponderacion,
y asi callarlo es razon,
y si de oirlo gustais,
en el corazon estais,
preguntadlo al corazon.
Vanse, y dicen dentro Don Diego, y Camacho.

Dieg. Tén este estrivo, Camacho.
Cam. Dí si me puedo tener,
porque no tengo ningun
hueso que me quiera bien.
Salen los dos.
Dieg. Has guardado las maletas?
Cam. Ya las maletas guardé.
Dieg. Y pagaste al Postillón?
Cam. Si señor, ya le pagué,
como quien paga al verdugo
los azotes, y el cordél.
Dieg. Pues andemos. *Cam.* Ya te sigo,
aunque mal parado á fé;
pero dime, ya que havemos
venido á todo moler,
deshecha la horcajadura,
molida la redondéz,
magullada la barriga,
desportillado el embés,
y aturdido el espinazo
del trotante palafrén,
por qué al entrar del Lugar
te has apeado? por qué?
Dieg. Por escusar alborotos,
y (si es posible) saber,
antes de entrar en mi casa,
de la salud de Isabél,
y el estado de su amor,
que si al alma he de creer,
no sé qué me dice el alma.
Cam. Ya el temor injusto es,
ya fuiste á servir al Cesar,
ya el Cesar te hizo merced,
ya en Tunez nos embarcamos,
y ya entramos en Teruél
el mismo dia que el plazo
se cumple de tu placer;
pues qué temes? qué recelas?
Dieg. Temo que pasado esté;
mas oye, que dá el relox.
Cam. Cuento, pues: una, dos, tres,
quatro, cinco, seis. *Dieg.* Ay triste!
Cam. Siete, ocho, nueve, diez:
las diez son. *Dieg.* Pues tarde vengo.
Cam. Por qué? *Dieg.* Porque yo llevé
tres años, y mas tres dias
de termino. *Cam.* Ya lo sé.
Dieg. Salí dia de la Cruz
á las ocho. *Cam.* Dices bien.
Dieg. Hoy se cuentan seis de Mayo,
y las diez dán en Teruél,
de ocho á diez dos horas ván:
luego dos horas despues
llego del plazo propuesto,
que al partirme concerté.
Cam. Es verdad; mas qué es dos horas?
Dieg. Es un siglo para quien,
si tiene alguna fortuna,
ha sido á mas no poder.
En un punto, en un instante
se pierde un Reyno tal vez,
se sorbe el Mar una Armada,
se vé una Ciudad arder,
desmantelarse un Castillo,
y una Torre dá un baybén:
mas ya estamos en la calle.
Cam. Y añade en la casa de
aquel Serafin de alcorza.
Dieg. Arrebozate tu bien,
que anda gente por la calle,
y te podrán conocer.
Retiranse, y salen Fabio, y Luisa.
Luis. Haz, Fabio, que prevenidas
dos, ó tres hachas estén,
para quando las visitas
salgan. *Fab.* Voyte á obedecer. *vase.*
Dieg. No es Luisa? *Cam.* Sí.
Dieg. Pues yo llego
á hablarla: Luisa. *Luis.* Quién es?
Dieg. Don Diego; no me conoces?
Luis. San Blás, San Luis, San Miguél
me valga. *Dieg.* Qué es lo que dices?
Luis. Sombra fria, sueltame.
Dieg. Estás loca? *Luis.* Si Rosarios,
ó Misas has menester::-
Cam. Qué Rosarios, ni qué Misas?
Luisa, demonio, ó muger,
tienes juicio, ó dasnos como?
Luis. Es Camacho? *Cam.* No me vés?
y no ves á mi señor?
allega, apropinquate.
Luis. Luego vives? *Dieg.* Luisa, sí.
Luis. Ahora te abrazaré,
si bien con harto pesar
del que despues te he dar.
Cam. Y á mí no me parió madre?

Luis. Tuya soy, y lo seré.
Dieg. Parece que estás turbada.
Luis. Apenas puedo bolver
en mí del susto. *Dieg.* Quién duda,
que se havrá dicho en Teruél,
que era muerto? *Luis.* Si señor.
Dieg. Pues si eso es asi, por qué
no vás volando á avisar
de mi venida á Isabél?
para que el pesar desquite,
que ha tenido, y para que
cobre la vida en mis brazos.
Luis. Pienso que no podrá ser,
que mi señora::- *Dieg.* Dilo.
Luis. No te quisiera ofender.
Dieg. Mas me ofendes con callar;
habla, pues. *Cam.* Animate.
Luis. Que mi señora::-
Dieg. Qué tiemblas?
Cam. Ya yo estoy como un papel.
Luis. Está::- *Dieg.* Qué está?
Luis. Desposada,
porque la hicieron creer,
que eras muerto, y aun su padre
se lo aseguró tambien.
Cam. Cuerpo de Christo contigo.
Dieg. Y dime (apenas mover
puedo la lengua: ay de mí!)
y con quien, Luisa, con quien?
Luis. Con Don Fernando.
Dieg. Y ha mucho?
bien temí, bien rezelé. *ap.*
Luis. Abrá un hora.
Dieg. Cielos, cómo *ap.*
me dais muerte tan cruel?
Habrá un hora? Con todo eso
vé por Dios, Luisa mia, vé
y dila que estoy aqui.
Cam. Ya no será menester,
que ella sale. *Luis.* Asi es verdad;
mas porque puede el placer
matarla, con el pesar,
si de repente te vé,
dexame llegar primero.
Dieg. Aqui aguardo, llega, pues.
Sale Isab. Mientras mi tyrano esposo
(que ya por mi mal lo es)
cumple con los convidados,
por escusar que me dén,
quando muriendome estoy,
de mi mal el parabien,
vengo huyendo de mí misma.
Luis. Dame albricias. *Isab.* Yo de qué?
Luis. De un gran gusto.
Isab. No es posible,
Luisa, ni le puede haver
en el mundo para mí;
pero en fin, dime, de qué?
Luis. Don Diego vive. *Isab.* Qué dices?
Luis. Yo acabo de estár con el.
Isab. Con Don Diego?
Luis. Con Don Diego.
Isab. A buen tiempo en buena fé:
y ha mucho que vino? *Luis.* Ahora.
Isab. Bien está: suerte cruel! *ap.*
Luis. Cómo con tanta tibieza,
sin abrazarme, ni hacer
extremos, has escuchado
una nueva, que pensé
que te matára por grande?
Isab. Porque aunque gusto me dé,
placer, que ha de ser pesar,
mas es pesar, que placer:
Y sabe ya mi desdicha?
Luis. El te puede responder.
Isab. Valgame Dios!
Llega Dieg. Trance fuerte!
si señora, ya lo sé. *Isab.* Don Diego!
Dieg. Isabél? *Isab.* Bien mio?
mio dixe? mentí, erré;
pero con mucha disculpa,
que como siempre te hablé
en la lengua de mi amor,
y es dificil de aprender
qualquiera lengua extrangera,
quando en la ocasion me hallé,
á la materna me fuí,
y la estrangera olvidé,
porque esta me suena mal,
y aquella la entiendo bien.
Mucho quisiera decirte,
mas vete, que puede ser
que mi esposo::- Cómo vienes?
Dieg. Ya verás como vendré;
y tú? *Isab.* Muerta; mas ay Dios!
no me puedo detenér,

solo te podré decir,
(breve por fuerza seré)
que un Soldado dixo (Luisa,
mira desde ese cancél)
que eras muerto, y lo que entonces
suspiré, gemí, lloré;
pero ya no es tiempo de eso.
Dieg. pues de qué es tiempo? *Isab.* De hacer
cuenta, que es la vez postrera,
que has de verme, aquesta vez.
Yo te quise, ya lo sabes;
tú te fuiste::- *Dieg.* Ya lo sé.
Isab. Don Fernando porfió,
dió voces el interés,
huvo nuevas de tu muerte;
mal haya el alevé, amen,
que las traxo, pues me veo
en este estado por él.
Corrió el tiempo, llegó el plazo,
hice amante mi deber,
amenazóme mi padre,
es padre al fin, soy muger;
y al cabo::- dirélo? sí;
al cabo me desposé
á mi pesar: ya lo dixe;
y asi, dexa, dexame,
que me pierdo, si te miro,
y no me quiero perder.
Dieg. Advierte. *Isab.* Ya no es posible.
Dieg. Tampoco por tu desdén
esposible que yo pase.
Isab. No puedo otra cosa hacer.
Dieg. Dí á tu padre que estoy vivo.
Isab. Ya de provecho no es.
Dieg. Habla claro á Don Fernando.
Isab. Tieneme ya en su poder.
Dieg. Prueba la fuerza.
Isab. No hay tiempo. *Die.* Vente conmigo.
Isab. No es ley. *Dieg.* Huye sola.
Isab. No se donde.
Dieg. Habla al Juez. *Isab.* No hay Juez.
Dieg. Dí que eres mia. *Isab.* Ya es tarde.
Dieg. Matame. *Isab.* Quierote bien.
Dieg. Correspondeme. *Isab.* Soy noble.
Dieg. Pues algun medio ha de haver.
Isab. Quiero callar, y morir.
Dieg. El morir escogeré,
pero ha de ser confesando
tu voluntad, y tu fé.
Isab. Mira que tengo marido.
Dieg. Yo lo soy tuyo, Isabél,
y de ti no he de apartarme,
aunque mil muertes me dén.
Isab. Y mi honor? *Dieg.* Pierdase todo.
Isab. Y tu vida? *Dieg.* Falteme.
Isab. Y mi esposo? *Dieg.* No te goce.
Isab. Y mis deudos? *Dieg.* Matenme.
Isab. En fin mi ruego no basta?
Dieg. Esto ha de ser, Isabél.
Isab. Pues mataréme yo propia. *vase.*
Dieg. Pues mataréme tambien. *vase.*
Luis. Ay, Camacho, algun gran mal
ha de suceder aquí!
Cam. Consultenme ellos á mí,
y no sucederá tal;
mas demos una puntada
nosotros en nuestras penas,
supuesto que en las agenas
no podemos hacer nada,
por ser gente mas civil.
Luis. El susto me ha detenido:
cómo, Camacho, te ha ido?
Cam. Mil escudos traygo. *Luis.* Mil?
Cam. Tanto ojo se la ha abierto. *ap.*
Luis. Mil años de vida tengas;
pero dime, si eso es cierto,
que sin duda será asi,
quantos de ellos me darás?
Cam. Todos; pero á vér no mas,
y eso una legua de aqui.
Luis. Dicenme, que con los Moros
fuiste un Cisne, digo un Cid.
Cam. Nadie me igualó en la lid.
Luis. No havrá fiestas, no havrá Toros,
como verte pelear.
Cam. En una tarde maté
mil enemigos, mas fue
viniendome de espulgar.
¿Y tú como lo has pasado?
Luis. Pensando que eras difunto,
una toca con un punto
siempre ha sido mi tocado.
Cam. Toda aquesa voluntad
creo yo de tu virtud:
asi tengas la salud, *ap.*
como dices la verdad.

Mas

Mas parece que oygo ruído.
Luis. Ay, Camacho, mi señor!
Cam. Para un buen renegador
viene el cuento nacido.
¿Qué he hacer, Luisa? *Luis.* Quizá
no havrá reparado en tí.
Cam. Mas si ha reparado en mí,
quizá me despeñará.
Luis. ¿Qué he de decirle á tu amo?
Cam. Di, que allá baxo le espero,
si no me agarran primero,
y me atienden al reclamo.
Luis. No harán; vete, que esta noche
todo se sufre, y se pasa.
Cam. Dios me saque de esta casa
con bien. *Sale Don Fernando.*
Fern. Prevenid el coche,
que ya el Marqués baxa. *Cam.* Aqui
mi patarata se encaxa:
Quién dice que el Marqués baxa?
Fern. Yo lo digo. *Cam.* Será asi.
Fern. Sois su criado? *Cam.* Si á fé,
y á quien mucha merced hace.
Fern. Pues seguidle. *Cam.* Que me place:
lindamente me escapé. *ap.*
Fern. ¿Donde tu Señora está?
Luis. Muerta estoy, ay de mi! *ap.*
con la Madrina la vi,
que iba á recogerse ya;
pero si gustais que vaya,
y de tu parte::- *Fern.* No quiero,
que verla muy presto espero:
todo me turba, y desmaya. *ap.*
Isabél tan desabrida
se muestra, y tan mal hallada,
que aun antes de estar casada
se supone arrepentida.
Porque quando el sí me dió,
que yo mal formado oí,
con la boca dixo sí,
pero con el alma no:
que aunque el sí fue pronunciado,
y el no solo el elegido,
el sí no quedó entendido,
y el no quedó declarado.
Fuera de esto, quando estaba
en la mesa sin poder
sus congojas esconder,
mudamente suspiraba;
aunque no era por mí, no,
puesto que yo lo sentí,
porque para ser por mí,
estaba muy cerca yo,
y despues acá no ha sido
posible dexarse vér;
pues esto qué puede sér?
pero ya está conocido:
que claro está, que el dolor
de su amante, y de su muerte,
la tendrá de aquesta suerte,
no hay en eso duda, honor:
y asi, vivid sin recelo,
y proceded con recato,
que el tiempo, el amor, y el trato
brasa bolverán su yelo:
vé, Luisa, y dile á mi esposa::-
Luis. El Alma en un hilo está. *ap.*
Fern. Que si licencia me dá
iré á vér su luz hermosa,
que aunque ya la puedo vér
sin poderla tener miedo,
quiero lucir lo que puedo,
dexandolo de poder.
Luis. Ya te obedezco. *Fern.* No vas?
Dent. Isab. Ay de mi!
Fern. Mas tén, aguarda
que aquella voz me acobarda.
Dent. Dieg. Muerto soy.
Fern. Aquesto mas?
Luis. Huvo desdicha mayor!
Fern. Cielos, qué puede ser esto?
pero yo lo sabré presto.
Dent. Isab. Matadme, Cielos, ahora.
Fern. A esta parte la voz suena;
pues qué dudo, que no entro?

Correse una cortina quando vá á entrar, y sale al entrar Doña Isabel, sin chapines, que estará junto á D. Diego, que ha de estar muerto sobre una almohada del estrado

Isab. Quién es? *Fern.* Suceso espantoso!
yo soy. *Isab.* Quién es yo?
Fern. Tu esposo.
Isab. Pues si te ofende el encuentro,

BIBLIOTECA MEMBRUCEL

matame. *Fern.* Primero trato::- *Vá á sacar la daga.*

Isab. Tén, ya él se dió la muerte sin espada. *Fern.* ¿De qué suerte?

Isab. De esta suerte, escucha un rato.
Decirte, que Don Diego fue mi amante,
no es importante aqui; voy adelante.
Encarecer de entrambos los desvelos,
es dár zelos; escusote los zelos.
Referirte, que fue por un fracaso,
importa poco; á lo que importa paso.
Jurar, que me dixeron que era muerto,
claro se vió; supongolo por cierto.
Pretenderme tú entonces mas osado,
nadie lo ignora; doylo por contado.
Presumir que mi gusto te ha ofendido,
engaño es tuyo; tenlo por sabido.
Y pensar que soy parte en tal suceso,
ya se verá; no me detengo en eso.
Y asi, sin repetir aquesta historia,
pues yo tengo dolor, y tú memoria,
las velas al parentesis recojo,
el caso cuento, y á morir me arrojo.
De tí me aparté apenas, quando, quando
á mi quarto pasando,
encontre con Don Diego,
ambos quedando inmoviles tan luego,
que quando á nuestro sér bolver quisimos,
ó bolvimos ya tarde, ó no bolvimos.
Cobréme, en fin, miréle atentamente,
pasóse el accidente,
centelleó tocado
el fuego, aunque encubierto, no apagado,
y á vista del honor, y el galantéo,
lidiaron el recato, y el deseo:
porque vivo Don Diego, yo casada,
la ocasion apretada,
el efecto impedido,
despierto el gusto, el pundonor dormido,
ageno el cuerpo, y suya el alma mia,
piensa tú lo que entonces pensaria.
Temeridad parece culpable,
que una muger le hable
á su marido asi, dandole cuenta
de si pudo pensar, ó no su afrenta.
Y si esto es culpa, tú aquesta culpa
me sirve de respuesta, y de disculpa;
porque quien por muger admite dama,
que sabe que á otro ama,

aunque honrado no quiera
pasar por los agravios de acá fuera,
á todas horas, y á qualquier encuentro
ha de sufrir por fuerza los de adentro.
Contéle por mayor mi pesar junto,
escuchóle difunto,
y al querer despedirme,
solo, ciego, perdido, amante, firme,
se fue tras mí, diciendo afectuoso,
que yo su esposa era, y él mi esposo.
Yo entonces, porque tú no lo sintieras,
y la muerte le dieras,
hallandole conmigo,
que le aborrezco desdeñosa digo;
para Don Digo tósigo tan fuerte,
que le pudo matar, el como advierte.
Quando padece el corazon, es cierto,
que á socorrerlo vienen de concierto
los vitales espiritus, cuidando
de suplir el calor que vá faltando:
esto supuesto por verdad constante,
á la pena bolvamos de mi amante.
Oyó su corazon aquel desprecio,
y fue el golpe tan recio,
que á remediar sus males
tanto tropél de espiritus vitales
cargó sobre él, que sin poder moverse,
de socorrido vino á resolverse;
porque como eran muchos, y querían
todos entrar á hacer lo que debian,
y los que dentro entraron no cupieron,
de suerte le apretaron, y oprimieron,
que sin poderlo remediar le ahogaron,
y por dexarle vivo, le mataron.
En fin (ay triste!) alborotado el pecho,
el corazon deshecho,
quebrantada la vida,
torpe la lengua, la color perdida,
el pulso intercadente, el cuerpo frio,
en pie el cabello, turbulento el brio,
llamó por señas á la muerte, y luego
aquel de tierra, y fuego
edificio viviente,
desplomado cruxió subitamente,
y desnudado ya de su aparato,
en si cae, ó no cae estuvo un rato.
Llegu'me á él, á tiempo que ya havia
comenzado á espirar (ay alma mia!)

mas como oyó mi voz, y al alma en ella,
el alma suya se paró á cogella;
y asi, al querer dexar la vida en calma,
el alma le detuve con el alma.
Pero como temiendo los enojos,
á la puerta tal vez bolvia sus ojos,
y él, aunque se alentaba en mi presencia,
deseaba morir por diligencia:
una vez que tardé, rompio el candado,
y acabó de morir lo comenzado.
Murio Don Diego; mas la lengua miente,
que yo, yo solamente
lo maté por matarme,
viviendo para mas atormentarme,
pues muero como él, de angustias llena,
si no con tanta prisa, con mas pena,
porque tan muerta estoy, que si la muerte
deshace el nudo fuerte
del matrimonio santo,
yo he muerto ya para la vida tanto,
que puedes sin escrupulo casarte,
como hombre que ha enviudado en otra parte.
Aquesta es la verdad de todo el caso,
este el dolor que paso,
este el afan que siento,
aqueste el torcedor, este el tormento,
que en el dia infelice de mis bodas
me está rompiendo las entrañas todas.
Si imagina tu amor, si tu honor piensa,
que aun atomo de ofensa
en mi recato cupo,
sepa vengarse quien pensarlo supo:
el pecho me atraviesa con tu espada,
en duda de inocente, ú de culpada.
Matame, digo, que aunque el Sol luciente
no es, no, tan trasparente
como el decoro mio,
te estimaré qualquiera desvario:
porque si yo he de hacerlo de constante,
muerto me lo tendré para adelante.

Fern. Los ojos lo están mirando,
y apenas el alma puede
resolverse á que es verdad,
dudosa, é indiferente.

Isab. Qué dices? *Fern.* Digo, Isabél,
que en el suceso presente,
ni tu congoja me admira,
ni mi sospecha me ofende;
porque hallarte con un muerto,
y muerto de aquesta suerte,
mas es virtud, que delito,
porque debe suponerse,
que Don Diego no muriera,
si no fueras tu quien eres;
porque sabiendo quien soy,
bien facil dexa entenderse,

que

que haré siempre lo que debo,
en haciendo lo que debes.
Y asi supuesto que es fuerza,
que te pese, ó no te pese,
ser tu esposo, y que tu honor,
aun mas que á ti me compete,
para que no corra riesgo,
que es lo que puede temerse
en tal caso, mi persona
y tu opinion, me parece::-
mas aguarda, que ya buelvo. *vase.*

Isab. Haz, señor, lo que quisieres:
Valgame Dios! es verdad
aquesto que me sucede?
qué desdichas, que aun las duda
el mismo que las padece!
Don Diego muerto, y yo viva?
él amante, y yo prudente?
él difunto, y yo sensible?
él rendido, y yo rebelde?
él sin alma, y yo con forma?
y él cadaver finalmente,
y yo respiro cobarde?
O pesia la lengua aleve,
que tal dice! y pesia á mí,
que permito que lo cuente,
sin que á fuerza del dolor
se me parta, ó se me quiebre
el corazon por enmedio
tierna, y dolorosamente!
Corrida estoy, vive Dios,
corrida estoy de que fuese
la pesadumbre en Don Diego
á matarle suficiente,
y en mí su muerte, que es mas,
no baste á darme la muerte:
sin duda no he reparado
en ello, porque no puede
haver otra causa para
no morir de repente.
Pues buen remedio, ansias mias,
miremos atentamente
este espectaculo triste,
será vuestro fin mas breve;
porque para quien le adora,
qué mas cuchillo que verle?
Ea penas, acabemos,
que serán injustas leyes,
que no muera de una vez
quien esto mira dos veces.
Ansias, llegad todas juntas,
dolores, venid crueles,
congojas, creced las iras,
ojos, aumentad las fuentes,
amor, doblad las angustias,
vida, sentid los desdenes,
cuerpo, deshaced los nudos,
alma, apretad los cordeles,
porque confiese la vida
lo que sabe, y lo que siente.
Y vos, dueño idolatrado,
dos veces muerto, y ausente,
que en mis brazos, y á mis ojos
espirasteis; mas no pueden
ya las palabras formarse,
ni las razones texerse,
porque la garganta el nudo,
ó las ata, ó las detiene.
Albricias, Amor, que ya
muero, si el dolor no miente,
ya la lastima me ahoga,
ya la lengua se entorpece,
ya el corazon se desmaya,
ya el aliento se suspende,
ya el pulso late sin orden,
ya los parasismos crecen,
y ya el alma fatigada
casi se asoma á los dientes.
Y asi, antes que la vida,
como te dexó, me dexe,
para cumplir con tu amor,
y con tu fé juntamente:
toma, toma, esposo mio,
(pues para con Dios lo eres)
esta mano, para que
quien se llamó tuya siempre,
ya que no pudo en la vida,
lo pueda ser en la muerte.

Dale la mano, y dexase caer junto á Don Diego, quedase muerta, y sale toda la Compañia.

Fern. Esto pasa? *Ped.* Caso raro!

Cam. Gran dolor! *Elen.* Cielos, valedme!
porque á sufrir tanto golpe
no basto yo solamente.

Fern. Llegad todos, porque todos

como testigos fieles,
podais deponer del caso
quando ocasion se ofreciere:
Mas qué es lo que vén mis ojos?
Ped. Mayor mal el alma teme.
Fern. Mataréla, vive el Cielo:
Señora. *Elen.* Prima.
Fern. Detente,
porque pienso que está muerta.
Cam. Verdad es, sin que lo pienses.
Fern. Como? *Cam.* Como no responde,
ni de una parte se mueve.
Fern. Tambien la mató la pena.
Ped. Quién avrá que se consuele?
Fern. Notable afecto de amor!
Elen. El dolor todo lo puede.
Cam. Señores, una palabra
por caridad solamente.
Esta es verdad infalible,
que aun en Teruél permanece
el sepulcro de estos dos
Amantes, muertos en cierne.
Y supuesto que en un dia
tan triste, no es conveniente
que nadie quiera casarse,
y que les plaza, ó les pese,
solteros se han de quedar;
solo en el caso presente
resta, que nos perdoneis
las faltas, como corteses,
que de parte de Montano
os lo pido humildemente;
con que tendrá la Comedia
dichoso fin si tuviere
meritos para agradaros
quien á serviros se ofrece.

FIN.

Se hallará en la Libreria de Quiroga, calle de la Concepcion Geronima, junto á la de Barrio Nuevo; y asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias, y Comedias modernas, Autos, Saynetes, Entremeses, y Tonadillas.